**Venzamos la intolerancia religiosa**

 En 1991, las autoridades nacionales llevaron a cabo operaciones de estilo militar en suelo estadounidense contra un grupo religioso minoritario ridiculizado como secta. El grupo estaba aislado, sin ninguna línea de comunicación. Su líder estaba acusado de abuso infantil, pero no se había producido ninguna investigación formal, y no se habían presentado cargos penales. El ataque inicial al complejo del grupo fue recibido con disparos desde adentro, lo que llevó a un punto muerto que duró por varias semanas. Finalmente, las autoridades nacionales interrumpieron la situación con tanques, incendiaron el complejo, y se produjo un holocausto. Fallecieron decenas de personas, muchas de ellas quemadas, lo que incluyó a mujeres y niñas.

 Hay lecciones importantes para los adventistas del séptimo día de la tragedia que sufrieron los davidianos en Waco, Texas. Cuando se produjo la crisis, los davidianos no tenían amigos que hablaran por ellos. Quedaron aislados del mundo exterior, y no pudieron comunicar su versión de la historia.

 Los adventistas esperan una crisis venidera antes del regreso de Cristo. Interpretamos Apocalipsis 13 como una advertencia de una crisis relacionada con la obligación de guardar el domingo como día de descanso y adoración, con restricciones legales y sanciones monetarias impuestas a los disidentes. La pregunta es: ¿Tendremos esa voz cuando llegue el momento?

 Demasiados adventistas sucumben a la tentación de especular sobre cuándo o de qué manera se harán realidad las leyes dominicales. La Biblia no lo dice. Elena White no lo dice. Dios no nos lo ha dicho. Debe ser que no tenemos por qué saberlo. Lo que necesitamos preguntarnos es: ¿Qué se espera que hagamos con lo que sabemos? Si sabemos que se producirá una crisis, ¿cómo podemos prepararnos?

 El ministerio de Asuntos Públicos y Libertad Religiosa de la Iglesia Adventista es de vital importancia en la preparación para la crisis venidera. La primera y más obvia manera de hacerlo es que la iglesia defienda los principios de libertad de conciencia para todas las personas pacíficas de fe. La persecución religiosa y la libertad religiosa no pueden coexistir. Nuestro éxito en la preservación de la libertad religiosa sirve como algunos gramos de prevención. Acaso como un kilogramo de prevención.

 El ministerio de la libertad religiosa adventista, sin embargo, no está en realidad cimentado en nuestras creencias sobre los eventos de los últimos días, sino más bien en los principios básicos del evangelio.

 Desde el comienzo, Dios dio libertad a la comunidad. Al repasar el primer libro de la Biblia, notemos la escena en el jardín del Edén. El árbol del conocimiento del bien y del mal es el lugar más peligroso sobre sobre el Planeta Tierra. En el presente, somos muy buenos a la hora de proteger lugares peligrosos. Ponemos barandillas protectoras en los caminos zigzagueantes de montaña, y cercas con alambre de púas para impedir que los niños accedan a las vías del tren u otros lugares peligrosos. Al leer el libro del Génesis, ¿puede ver una cerca de alambre de púas alrededor del árbol del conocimiento del bien y del mal? ¿Por qué no? ¿Qué decir de un gran cartel, un círculo con una línea que lo atraviese, el símbolo universal de “no”, y las palabras: “Prohibido Comer”? ¿Por qué Dios no puso un cartel recordatorio, y una cerca alrededor del árbol?

 No es que Dios no se lo advirtió a Adán y Eva, o que no los instruyó. Él les *enseñó* que no tenían que comer del árbol. Debería haber sido suficiente con su palabra. Pero no tomó medida alguna para impedirles que comieran. Adán y Eva eran libres de comer, si así lo decidían, por más que las consecuencias serían sumamente destructivas.

 Hay aquí en juego un principio sumamente simple. Es el principio del Amor. En términos simples, Dios es amor (1 Juan 4:8). En *El Deseado de todas las gentes*, leemos que “el amor no puede ser exigido; no puede ser obtenido por la fuerza o la autoridad. El amor se despierta únicamente por el amor” (p. 13).

 Dios no podía ordenar a Adán y Eva que lo amaran y confiaran en él. No podía restringir la libertad de elección que tenían. Puede que a veces sintamos el deseo de que lo hubiera hecho.

 Si usted es un padre, sin duda que hay momentos cuando uno se siente tentado a orar para que Dios reacomode la química del cerebro de nuestros hijos, vuelva a formatearlos para arreglarlos desde adentro, y hacerlos perfectamente felices, santos, sanos y obedientes. Y aun si usted no es padre, puede haberse tentado a elevar esa oración por usted mismo en momentos de desánimo.

 Por cierto, el Dios omnipotente podría haber borrado por completo la memoria de Adán y Eva, y comenzado de nuevo. Reiniciarlos por completo. Reformatearlos. Pero el amor no puede ser coercitivo. Dios es amor.

 Dios nos da libertad porque tiene que hacerlo. Está en su naturaleza y carácter permitirnos amarlo, o rebelarnos. No puede forzarnos, y **no lo hará**. Es por ello que Jesús tuvo que morir en la cruz.

 Dios sabía lo que sucedería cuando creó a Adán y Eva. Por ello, el libro de Apocalipsis se refiere a Jesús como “el Cordero inmolado desde la fundación del mundo” (13:8). La decisión de que Jesús llegaría a ser nuestro Salvador, nuestro sacrificio expiatorio para librarnos de la penalidad y el poder del pecado, fue tomada aun antes de que Adán y Eva pecaran.

 Por ello, la libertad religiosa es un componente fundamental del evangelio mismo. Jesús pagó el precio más elevado para darnos libertad.

 Cuando nosotros como iglesia trabajamos para proteger y defender la libertad religiosa, nos convertimos en el evangelio en acción. Defendemos la libertad religiosa, no solo para nosotros, sino para todas las personas. Y lo hemos estado haciendo de manera organizada desde que organizamos la Asociación Internacional de Libertad Religiosa en 1893.

 El año pasado la IRLA, como se la conoce, llevó a cabo su VIII Congreso Mundial. La gente llegó al estado de Florida desde 65 naciones, incluidos estudiosos, activistas, funcionarios de gobierno y pastores. Se reunieron para trabajar para crear un mundo donde las personas de religiones diversas puedan vivir juntas en paz y respeto mutuo.

 Es necesario un mundo así, ahora más que nunca. Hace setenta años, después del Holocausto, los líderes del mundo se reunieron y redactaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El esfuerzo fue coordinado por la ex Primera Dama Eleanor Roosevelt. Cada nación que se ha incorporado a las Naciones Unidos ha firmado esta declaración universal. Los Derechos Humanos ahora han sido incorporados al derecho internacional y la diplomacia. Cuando los dictadores o terroristas violan los derechos humanos, saben que enfrentan la ira de la comunidad internacional.

 El Artículo 18 de la Declaración Universal protege la libertad de conciencia, religión y creencia. Aun así, a pesar del progreso maravilloso de los derechos humanos, la libertad religiosa se ha deteriorado en el mundo, de manera que hoy, el 75 por ciento o más de la población mundial vive en naciones con escasa o ninguna libertad religiosa. No tienen la libertad de escoger. Muchos habitantes de esas naciones pueden seguir siendo parte de la religión mayoritaria, pero sufren consecuencias severas si se convierten a otra fe.

 La obra adventista de proteger y defender la libertad religiosa ahora es necesaria más que nunca.

 La situación global implica otro valor de la libertad religiosa, la Gran Comisión. Jesús enseñó a sus discípulos a salir a todo el mundo como testimonio para enseñar y bautizar. Los adventistas han predicado el evangelio y han levantado iglesias en más de doscientas naciones. Pero hay países donde es sumamente difícil predicar, o tener iglesias.

 El último año, sin ir más lejos, Rusia prohibió a los Testigos de Jehová, confiscó sus cuentas bancarias y cerró sus iglesias. Los líderes adventistas temen correr una suerte similar.

 Pero volvamos a las lecciones de Waco, porque esto nos trae al aspecto de las relaciones públicas de este ministerio.

 Las minorías religiosas –y tengamos en claro que los adventistas del séptimo día son una minoría– necesitan trabajar en coalición con otros para proteger y defender la libertad religiosa. Carecemos de los números y del poder de tener éxito por nuestra cuenta.

 Por ello, en nuestro ministerio organizado, colaboramos con muchos otros grupos, tanto liberales como conservadores. El trabajo interreligioso ha sido comparado al béisbol de barrio. Cada semana, elegimos un equipo. Una semana, en una cuestión, podemos ponernos del lado de los conversadores. Otra semana, en otra cuestión, podemos estar del lado de los liberales. Depende cuál sea el tema en discusión.

 Pero acaso no se aplique lo mismo a nivel de la iglesia local o la comunidad. Nuestras iglesias no participan lo suficiente en la comunidad. No estamos construyendo puentes de amistad, y estableciendo líneas de comunicación en nuestras comunidades locales, al menos no lo suficiente.

 Una lección de Waco es la siguiente: Cuando venga la crisis final, ¿tendrán los líderes de la comunidad abiertas las puertas, para que los adventistas vengan y se sienten cara a cara y compartan sus preocupaciones? ¿Tenemos las amistades, el respeto de nuestra comunidad? ¿O vivimos en una burbuja, aislados y en soledad? Si es así, nos hemos separado de los demás, listos para que nos persigan.

 Necesitamos establecer las mejores amistades, las mejores líneas de comunicación posibles en la comunidad local ahora, en tiempos de relativa paz y seguridad, antes de que llegue la crisis final.

 Pero esto requiere una actitud de hacer ajustes de nuestra parte. Hasta un cambio de paradigma. Verá usted: Los adventistas hemos estado tan preocupados por comprender los eventos de los últimos días, que hemos permitido que esto envenene nuestras relaciones.

 Hemos mirado a los demás como una amenaza potencial, en lugar de ver almas por quienes Cristo dio su vida. En Efesios 2, Pablo escribe que la muerte de Cristo derribó el muro que separaba los judíos de los gentiles. Los adventistas, sin embargo, han construido su propio muro, que nos separa de todos los demás. Tenemos verdades preciosas, y esta verdad debería volvernos mucho más deseosos de construir puentes de amistad con otras personas, y de mejorar esas oportunidades de compartir esa verdad. Por el contrario, esta verdad crea barreras, y tratamos a los que no son de nuestra iglesia como extraños. Tenemos inclusive un término para ellos: los “no adventistas”. ¿Le gustaría que lo llamaron un “no”?

 Necesitamos una mirada renovada a algunos textos claves de las Escrituras:

“Oísteis que fue dicho: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo.’Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. Mateo 5:43–48.

 Históricamente, el concepto adventista de la perfección enfatizó el desempeño en lugar de la actitud. Aquí Jesús establece con claridad que nuestra perfección o compleción es una función de nuestra compasión, de nuestro amor por los que son más difíciles de amar, aun de nuestros enemigos.

 ¿Hay alguno aquí que tenga enemigos? ¿Ama usted a sus enemigos? ¿Es siquiera posible amarlos? ¿Está Jesús pidiendo lo imposible? La respuesta se encuentra en Romanos 5:8: “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

 No creo que la mayoría de nosotros tenga la capacidad de amar a nuestros enemigos. Solo el amor de Cristo en el corazón puede lograrlo.

 El afamado teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer escribió sobre la frase de Apocalipsis 3 que dice: “Yo estoy a la puerta y llamo” (“Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo” [vers. 20]).

 Él hizo la pregunta: ¿Quién es ese Jesús que llama a la puerta de nuestro corazón? De paso, aquí vemos otra vez la libertad religiosa. Vemos a Jesús, siempre un caballero, que, con paciencia y persistencia, llama. Pero no fuerza la entrada de acceso. No entra a nuestra vida a menos que lo invitemos. A menos que estemos dispuestos.
 Espero que estemos dispuestos a invitar a Jesús a nuestra vida. Si hay alguien aquí en la iglesia que jamás ha invitado a Jesús a que entre en su vida, hoy puede ser ese día. Simplemente tiene que pedírselo ahora, en la mente. Tiene que decirle sí a Jesús. Invitarlo para que entre.

 Bonhoeffer respondió la pregunta de quién es ese Jesús que llama haciendo referencia a Mateo 25. Vayamos a ese pasaje.

Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme.” Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?” Respondiendo el Rey, les dirá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.” Mateo 25: 35-40

 ¿Quiénes son nuestros hermanos más pequeños? Jesús no llama pequeño a cualquiera, ¿no es así? Jesús no está rebajando a otra persona. No ve que los demás estén por debajo de él. No, eso es lo que hacemos nosotros. Jesús los llama los hermanos más pequeños en beneficio nuestro, porque todos vemos a otra persona como de alguna manera menor a nosotros, ya sea por clase social o alguna otra cosa. Ninguno de nosotros está inmune. Todos tenemos nuestros prejuicios.

 Pero que quede claro. En el nuevo pacto, las promesas de Dios de darnos un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Allí, Jesús define ese nuevo corazón y ese nuevo espíritu en términos de nuestra compasión por los que están desnudos, enfermos y en prisión. Nos dice claramente que necesitamos ver a Cristo en las personas más improbables, al menos improbables para nosotros.

 Esto requiere una actitud de ajuste de parte de toda la iglesia. Tenemos que abandonar cualquier vestigio de “nosotros versus ellos”. En lugar de separarnos y de levantar muros, tenemos que construir puentes. En lugar de ver a los demás por sus diferencias, ya sea de creencia, o raza, o nacionalidad, o lo que fuera, tenemos que aprender a ver a Cristo en ellos.

 Cuanto más aprendemos a ver a Cristo en ellos, más fácil será que vean a Jesús en nosotros. Permítame llevar eso un paso más allá. Puede que otros sean incapaces de ver a Cristo en nosotros hasta que nosotros aprendamos en ver a Jesús en ellos.

 Hoy día, vivimos en una nación polarizada. Los liberales y los conservadores se odian. No dialogamos entre nosotros. Somos parte de una guerra cultural hasta las últimas consecuencias. Los adventistas han pasado a formar parte de esas guerras culturales, aun cuando no son nuestras batallas.

 No somos ni la izquierda secular o la derecha religiosa. Nuestro objetivo es proteger la libertad de conciencia y religión para todas las personas, sean creyentes o no. Los protagonistas liberales y conservadores de las guerras culturales quieren proteger sus propios derechos, no los derechos de los demás.

En este clima, las personas seculares que no pertenecen a ninguna iglesia no tienen una imagen positiva de Cristo. Asocian a Jesús con el odio y la intolerancia. No digo que eso esté bien. Por cierto, no estoy acusando a los conservadores de estar llenos de odio e intolerancia. Hay suficiente intolerancia en ambos bandos. Sí, aquí se aplica la equivalencia moral. Los liberales y los conservadores son igualmente capaces de las mismas dosis de intolerancia. Lo que quiero decir es que las personas seculares no están teniendo una buena oportunidad de ver a Cristo.

 La predicación por sí sola no va a cambiar eso. El evangelismo tradicional no va a cambiar eso. Lo que necesitamos hacer es personal. Necesitamos convertirnos en las manos y los pies, los ojos y los oídos, el corazón de Jesús en nuestra comunidad. Necesitamos salir al mundo, a nuestra comunidad, no solo para enseñar sino para vivir el amor de Cristo, para servir a nuestra comunidad. Necesitamos salir y ver a los que consideramos los más pequeños de nuestro pueblo, de verlos como Jesús, de tratarlos como Jesús, de darles un vaso de agua fría, de alimentarlos, de vestirlos, de amarlos, así como lo haría Jesús, si es que tienen alguna esperanza de responder al evangelio. Esto, en breve, representa tanto a los ministerios de asuntos públicos como de servicio comunitario de la Iglesia Adventista.

 Si nuestra iglesia piensa tomar en serio este ajuste de actitud, también tenemos que aprender la primera lección de Waco, y establecer las mejores líneas de comunicación posibles, antes de que llegue la crisis, con los líderes de la comunidad. Asegurémonos de que cuando llegue la crisis, las puertas se nos abran, porque nos conocerán como como cristianos solícitos y encantadores, personas de fe e integridad, y estarán dispuestos a escuchar nuestras preocupaciones. Construyamos puentes de amistad mientras buscamos maneras de servir a la comunidad. Y oremos y trabajemos para llegar a ser las manos y los pies y el corazón y el ama de Cristo al servir a la comunidad. Ese enfoque de las relaciones públicas es la mejor manera de preservar la libertad religiosa, pero es también fundamental para la Gran Comisión llevar el conocimiento de Cristo a toda nación, lengua y pueblo en la hora del juicio de Dios.

--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------Alan J. Reinach es Director Ejecutivo del Consejo de Iglesia-Estado, el brazo educativo y de defensa de la libertad religiosa en la Unión Asociación del Pacífico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en los Estados Unidos. Reinach es abogado, ministro adventista y conductor de una transmisión radial semanal nacional dedicada a cuestiones de libertad religiosa.